Víctor Guez

Bravas y Soju

Con ilustraciones de Inma Moya

dNX YOUNG ADULT

A mi padre, por contagiarme su sentido del humor.

Carlos
Peris

칼로스
페리스

El protagonista

- Estudió Filología Hispánica e hizo un curso de corrección de textos.
- Lleva dos años viviendo en Seúl (su madre no está muy contenta con esto último y se lo recuerda todo el tiempo).
- Es profesor de español en una academia.
- Le encantan los chistes malos, los programas de variedades coreanos y cocinar.
- Prefiere los límites claros y todo lo que pueda predecir; no soporta que las cosas se salgan de su control.

El vecino

- Actor de k-dramas y presentador ocasional en programas musicales.
- Empezó en la interpretación después de fracasar como idol de K-pop.
- Sus últimos proyectos han sido un éxito y las producciones se lo rifan.
- Despreocupado en apariencia, un pelín soberbio y otro poco despistado, es atento con sus fans y protector con la gente que le importa.
- Se le da bien sacar de sus casillas a los demás.

Im
Yeongsik

임영식

Nota del autor

La mayor parte de esta historia ocurre en Seúl, Corea del Sur, por lo que, a menos que se indique lo contrario (y se hará porque me gusta complicarme la vida), los personajes hablan en coreano. En este idioma existen varios niveles de formalidad a la hora de comunicarse con los demás, un poco como el «tú» y el «usted» (salvando las distancias, claro, porque en coreano hay más). Además, en Corea está mal visto tutear a desconocidos, por ejemplo, incluso entre jóvenes, o hacerlo con tu profesor por muy buen rollo que tengas con él. La sociedad coreana es, hasta cierto punto, muy jerárquica: los rangos, la posición social o la edad rigen mucho la forma de hablar (el respeto a los mayores es importantísimo); lo he intentado reflejar en la narración, así que espero que no te resulte demasiado raro cuando lo leas.

También existen diferentes palabras que marcan mucho el discurso o la confianza que se tienen los interlocutores, así que para guiarte he añadido algunas notas más a pie de página a lo largo de la novela, no te me vayas a perder.

Otra cosa que igual te sorprende si no acostumbras a consumir contenido coreano es la estructura de los nombres. El apellido va antes que el nombre. Salvo si eres Chenoa, que entonces eres Chenoa y ya está. Vas a encontrar nombres raros, pero he intentado que no se parezcan demasiado entre ellos. Espero que no sea complicado.

Sí, me he dado cuenta de que te estoy tuteando y no nos conocemos de nada (todavía). Disculpe usted. Probablemente le vuelva a tutear más adelante, no me lo tenga mucho en cuenta. Que disfrute del salseo.

제 1 장

Carlos odiaba los imprevistos, y por cómo los atraía, estaba bastante claro que el sentimiento era mutuo. Su madre fue una de esas mujeres que no saben que están preñadas hasta el momento del parto y, desde entonces, su vida había sido una sorpresa tras otra. Cualquiera diría que a esas alturas estaría acostumbrado. Sin embargo, cada imprevisto era un granito de arroz más que se sumaba a esa paella de inseguridades que era en el fondo de su ser. O un arroz con cosas, en realidad, cualquier cosa que se saliera del pollo o el conejo lo era. Lo decía su santa abuela, y estaba seguro de que la mujer no querría ansiedades en su paellera.

Dos años habían pasado ya desde esa sorpresa que lo guio hasta Seúl. Dos años de nervios, de becas, de miedos y de cagaleras por el picante. Entre indigestiones y exámenes de coreano, conoció a su amiga Sejeong. Si no se hubiera atrevido a entrar y presentarse en ese foro donde otras personas con discapacidad compartían trucos para sobrevivir en Seúl, posiblemente no la habría conocido nunca. Todavía recordaba su mensaje privado: «Una vez me enrollé con un español. El tío flipó cuando me quité la pierna y salió corriendo. Escríbeme si necesitas cualquier cosa. Seúl es salvaje». La adoraba desde entonces. Quizá por eso no podía rechazar sus invitaciones a tomar café ni cuando estaba a punto de meterse en la cama. No era sencillo para un inmigrante establecer amistades tan fuertes con nativos, sobre todo si, como él, se tenía una

discapacidad que, aunque apenas perceptible a simple vista, le hacía destacar cuando hablaba.

La cafetería en la que se encontraban tenía un estilo industrial bastante acogedor, con lámparas larguísimas que colgaban del techo y sillones y sofás de diferentes colores. La chica le relataba su última hazaña laboral desde el otro lado de la mesa.

—En ese momento, el cliente se levantó y se fue. La cara de mi jefe… Bueno, yo ya pensaba que me iba a despedir. Estaba lista para arrodillarme, para pedir perdón, no mal pienses. Pero entonces va y me felicita. Nunca antes me había felicitado por nada. Y luego suelta: «Estaba deseando deshacerme de ese cabrón».

Carlos siguió su carcajada y rio por la nariz.

—No me puedo creer la suerte que tienes.

—Si te soy sincera, yo tampoco.

Ambos volvieron a reír, y después brindaron, él con una taza de té, su amiga con un *iced americano*. Si había algo que los coreanos bebían como si fuera agua, aparte del té o esa bebida destilada hecha a base de arroz que llamaban *soju*, era el café americano con hielo. Lo tomaban incluso cuando el frío les congelaba las pelotas. Era popular sobre todo entre los jóvenes, pero muchos adultos y trabajadores de *chaebols*, los grandes conglomerados de empresas, lo solían consumir también. Después de tres años viviendo en la ciudad, el impacto ya no era tal, e incluso a veces, solo a veces, se pedía uno para él de camino a la academia donde impartía clases de español.

—¿No se han planteado volver a ascenderte? —preguntó a Sejeong en tono de broma.

Ya cuando la conoció tenía un buen puesto para alguien que llevaba poco trabajando; era tan brillante que, nada más graduarse, recibió ofertas de un montón de sitios. Destacaba incluso en un mundo copado por hombres, como era el empresarial. Tal vez por eso le iba tan bien,

aunque cada vez que se comparaba con ella, Carlos se replanteaba cada una de sus decisiones.

—De hecho, por eso quería quedar contigo.

—No… ¡Sejeong! ¿En serio? —No daba crédito.

Manipuló rápidamente la configuración de sus audífonos en la aplicación del teléfono móvil para poder escuchar mejor lo que su amiga le estaba contando. Pese a rondar las diez de la noche, el lugar estaba lleno.

—Me voy a Busan pasado mañana. Tienen una sucursal y quieren que les ayude a captar clientes, que por lo visto no lo están haciendo muy bien.

El estómago se le encogió un poco al escucharla. Quería alegrarse por ella, o más bien, manifestarlo, porque sí que se alegraba, pero la orden no terminaba de salir de su cerebro. No conocía a nadie más en Seúl con quien se sintiera tan bien; no se llevaba mal con sus compañeros, claro, pero no era lo mismo. Tampoco se sentía especialmente cómodo con los otros españoles de la ciudad que conoció por redes sociales cuando llegó, aunque ahora solo se hablasen para ayudarse con cosas de las visas o los eventos culturales que a veces organizaba la embajada. La iba a echar mucho de menos.

Por fin, logró sonreír.

—Qué guay, *nuna*[1], me alegro mucho. —Carraspeó para deshacer el nudo que se estaba formando en la garganta—. ¿Por cuánto tiempo?

—Tres meses. Quieren que ponga un poco de orden y ya está. —Vale. Tres meses no estaban mal, podía entretenerse hasta que volviera—. Carlos, no te preocupes, ¡no te va a dar tiempo a echarme de menos!

Carlos curvó los labios. Entonces reparó en algo.

—Oye, ¿qué vas a hacer con Vincenzo?

Se refería al gato de su amiga, un macho atigrado en grises y negros que debía su nombre al protagonista de una famosa serie coreana de mafia y venganzas. Carlos pensaba

[1] He aquí una de las muchas palabras que tienen en coreano para dirigirse a amigos, hermanos, parejas o rolletes de una noche que son mayores que tú en edad, aunque sea por unos meses. En este caso, «nuna» es usado por varones hacia mujeres que son mayores que ellos.

que no existía un nombre mejor para él, pues estaba seguro de que detrás de esa fachada de calma y tranquilidad siempre andaba tramando algo, y más en concreto, contra él.

—Pues… ¿qué te parecen tres meses de alojamiento gratuito en un piso de Gangnam?

Entrecerró los ojos, entre desafiante y ofendido.

—Ya tengo alojamiento. No es en Gangnam, no tiene salón y la cocina está junto a la cama, pero me sobra para la vida que hago en él.

—Es un semisótano al que casi no le entra luz. Puedes tener tres meses de ventilación cruzada y espacio de sobra a cambio de cuidar de Vinni. Ya lo conoces, es muy bueno.

—No lo es. Me odia. Puedo ir a darle de comer todos los días, eso sí.

—No seas cabezota. Pagaré por tu piso mientras dure esto, para que no lo pierdas, pero vente a mi casa. Ya no solo por Vinni, también por ti, descansarás mejor.

Suspiró entre dientes. Sí que era un poco orgulloso; no le gustaba la caridad, mucho menos la dirigida a él. Aun así, si algo valoraba en el mundo era la lealtad de las amistades, y Sejeong lo había sido innumerables veces.

—Está bien, iré, pero no pagues nada, puedo encargarme yo. Sí quiero una cosa a cambio: que me cuentes cómo te va en Busan. Algún día entenderé a qué te dedicas.

Su amiga rio y asintió con fuerza.

—Claro, tendré que comprobar si Vinni te perdona la vida.

—Muy graciosa. Sabes que tendré que pedir piedad cada mañana.

La primera vez que fue al apartamento de su amiga Sejeong encontró cierta satisfacción en lo poco que escuchaba la ciudad al otro lado de la ventana aun con los audífonos puestos. Seúl era ruidosa, tanto que nada más llegar a su casa solía quitarse los aparatos para darse la oportunidad de pensar un poco. La forma en la que le llegaban los sonidos gracias a tal tecnología no siempre era natural, y lo frecuente era sentirse abrumado tras un uso continuado. Por eso, cuando volvió a Gangnam para mudarse y recordó esa característica, empezó a ver el lado bueno de vivir allí temporalmente.

El lugar era amplio y estaba decorado en tonos grises, blancos y marrones. Cocina y salón formaban parte de la misma estancia, separados solo por una discreta mesa de comedor. Solo tenía una habitación más, aparte del cuarto de baño, y cada detalle estaba pensado al dedillo. Ya había estado allí otras veces, motivo por el que el portero de ese turno no se sorprendió demasiado cuando lo vio llegar con un par de maletas.

A Vincenzo, sin embargo, no le hizo demasiada gracia. El gato lo rehuyó nada más ver que quien entraba no era su dueña y ni siquiera volvió a aparecer hasta tiempo después, cuando Carlos le sirvió la cena.

—Sé que no soy de tu agrado, pero tú tampoco me caes especialmente bien —dijo al tiempo que lo observaba engullir la comida húmeda—. Por el bien de Sejeong, aprendamos a convivir, ¿vale? Vamos a pasar mucho tiempo juntos.

Vincenzo ni lo miró; no esperaba menos. Puso los ojos en blanco y se acuclilló móvil en mano para hacerse un *selfie* con el gato y mandárselo a su amiga. Primer día, primera prueba de vida.

제 2 장

Carlos hacía una cosa los domingos que solo se saltaba en contadas ocasiones: se levantaba tarde y se pasaba el resto del día cocinando algo contundente que pudiera racionar y congelar para comer otros días de la semana. La lista de la compra en Seúl salía demasiado cara para cualquiera, tanto que lo normal y más barato era comer fuera. Él prefería compaginarlo, hacía tiempo que había encontrado ese equilibrio y le funcionaba.

Eso se había acabado, por lo menos la parte de no madrugar.

Se despertó ahogado, con Vincenzo tumbado sobre su cara. Lo apartó por puro instinto y giró sobre sí mismo para poder respirar. ¿El maldito estaba intentando matarle? Tenía unas formas muy raras de anunciar que tenía hambre.

—¿Estás mal de la cabeza? —preguntó en castellano, tras toser varias veces. Estaba seguro de que entendería su indignación fuera en el idioma que fuera, y haría con ello lo mismo que hacía con la lengua: pasárselo por el ojete.

Resopló mientras se frotaba los ojos con el dorso de la mano, y se alejó del gato. Eran apenas las siete y media de la mañana, algo más de quince minutos de la hora a la que se despertaba el resto de la semana. Aunque quisiera seguir reprochándoselo, el peludo tenía razón, no podía posponer el desayuno para él, si bien pensaba que el margen que le

había dado era demasiado pequeño, por veinte minutos no se iba a morir.

Solo cuando el gato tuvo su pienso húmedo a disposición y agua fresca en el bebedero, se dedicó a sí mismo. Un pis, una lavadita de cara —podía saltarse la ducha ese día— y se puso los audífonos para poder escuchar al felino en caso de que la liara, esperando, como el resto de mañanas, no sentir mucha diferencia.

No obstante, los ruidos, los golpes y las conversaciones en el rellano lo sobresaltaron. En los tres días que llevaba allí no había escuchado siquiera a sus vecinos de la misma planta, y no porque se quitara los audífonos al llegar a casa, allí no sentía esa necesidad; simplemente pensaba que era gente tranquila. O igual no tanto…

Con el estómago apretado, se acercó a la puerta del apartamento e intentó cotillear por la mirilla electrónica que colgaba de una de las paredes de la entrada, pero se topó con una negrura más propia del sobaco de un grillo. Chasqueó la lengua para después poner la oreja, literalmente, sobre la superficie de la puerta y tratar, en esta ocasión, de averiguar algo más. Su nivel de coreano era bastante bueno. Contando con el curso intensivo que hizo en España antes de viajar a Seúl, llevaba casi tres años estudiándolo; le servía de sobra para sobrevivir en un mundo que quería exprimirlo, comunicarse con sus alumnos y hablar con su amiga Sejeong. En definitiva, ser lo que la gente esperaba de un adulto funcional, aunque a sus veintitrés años no se sentía ni una cosa ni la otra. Sin embargo, con una puerta de por medio la cosa se complicaba. Sí que aislaba la cabrona, cómo se notaba que el apartamento era de los buenos.

Como el barullo no se detenía, se armó de valor y abrió la puerta. O lo intentó, más bien, porque como la mayoría de pisos en Corea del Sur, se abría hacia afuera y algo

bastante pesado la estaba bloqueando. Empujó, poniendo todo su peso contra ella, y le fue ganando centímetros al rellano. Hasta que escuchó un sonoro golpe y pudo, después, asomarse por fin para ver qué le estaba impidiendo salir. Era una caja enorme de IKEA, posiblemente un mueble grande, que ahora descansaba horizontalmente en el suelo.

Pero no era la única caja. Había decenas de bultos de diferentes tamaños y recipientes, también bolsas y maletas, rodeando la puerta que tenía al lado, a unos tres metros. Y entre medias de ese caos, un grupo de personas que cargaban o descargaban los enseres.

Alguien se estaba mudando al apartamento contiguo. Alguien que, alertado por el ruido, se calló de golpe las órdenes que estaba dando a los operarios y miró en su dirección. Era el único que no llevaba guantes y que calzaba unas zapatillas de andar por casa. Le chocó un poco ver que, además, tenía puesta una mascarilla negra.

—¡Oh! Buenos días. Disculpe, pensaba que no vivía nadie.

Habría agradecido que no llevara eso en la boca para poder ayudarse de la lectura labial, pero proyectaba tan bien la voz que lo escuchó sin dificultad. Lo que más le fastidió fue la sonrisa que se reflejaba también en sus ojos. Sonreía demasiado para una disculpa, casi parecía que se estaba riendo.

—¿Se está mudando? —quiso saber.

Un par de empleados se acercó para recuperar la caja del suelo y apoyarla en otra parte.

—Sí, supongo que soy su nuevo vecino.

—No, bueno, yo no… —Sintió a Vincenzo entre los pies y, con una mezcla de miedo y urgencia, se agachó para empujarlo de vuelta al apartamento y cerrar después.

—Lamento las molestias, enseguida terminamos.

—El problema es el ruido. Por favor, bajen la voz —intervino sin muchas ganas de seguir con aquel encuentro—. Y no

vuelvan a bloquear ninguna puerta, no importa si hay o no alguien dentro, está… está mal.

—Por supuesto.

El chico, que tenía el cabello negro y parecía incluso más joven que él, se dobló por la cintura para pedir disculpas. Carlos, en respuesta, inclinó la cabeza y se dio la vuelta. Nunca sabía cómo responder a ese gesto tan arraigado de la cultura oriental, por lo que su primer instinto era siempre salir por patas de la forma más educada posible.

Metió la contraseña en el teclado numérico de la puerta para abrirla y entró.

¿Qué hacía esa persona mudándose un domingo? ¿Y tan temprano? ¿Y por qué llevaba mascarilla incluso dentro de un edificio? La última vez que comprobó su móvil no vio ninguna alerta por mala calidad del aire. ¿Estaría resfriado?

Sacudió la cabeza. Ese vecino no merecía su tiempo; si al menos se hubiera presentado, podría valer la pena pensar en él, pero no había sido el caso.

Comprobó que Vincenzo hubiera terminado su desayuno y se dispuso a prepararse el suyo: una tostada con mermelada de fresa, un poco de avena y un Cola-Cao bien calentito, porque sí, cada vez que iba a España o le visitaban desde allí, se aseguraba su buen bote de cacao en polvo. De vez en cuando hacía un desayuno coreano, pero no terminaba de acostumbrarse a comer salado desde tan temprano.

Después, comenzó a pensar qué cocinar. Se decidió por una receta coreana que llevaba tiempo queriendo intentar: *gamjatang*, una sopa picante de espinazo de cerdo y verdura. Las veces que la había comido en restaurantes le había chiflado, así que aceptó el reto. Sin embargo, como se acababa de mudar al apartamento, no tenía de todo lo que quería, así que no tendría más remedio que salir a comprar. Resopló. Sí que iba a tener que ducharse al final.

Cuando volvió cargado de bolsas y mucho menos dinero en su cuenta —se recordó hacer la próxima compra en otro distrito que no fuera Gangnam si quería seguir viviendo— encontró otra bolsa colgando de la manivela de su puerta y un pósit sobre esta. La nota decía: «Por las molestias». ¿El vecino? Miró a su alrededor; ya no había trastos en el rellano, ni siquiera marcas de que allí hubiera sucedido una mudanza. El regalo resultó ser un paquete de ramen instantáneo de una marca bastante buena.

—Por lo menos tiene modales —musitó.

Nuevo extremo 101178 Bravo y Sciu